

traer de ella y a comer todos de ella; y con esto, cuando el general vino de tierra halló cómo algunos podían ya comer; y así les entró en provecho el nuevo sustento que cada día se les traía; y con sólo estas dos cosas sanaron todos y cobraron salud, dentro de diez y nueve días. De esta frutilla se sustentan los indios de guerra de aquella provincia de Acaponeta y Chametla, tierra de la gobernación de la Nueva Galicia, en este tiempo que dura ella y la suelen asar y cocer los indios, que dicen es más sana y más sabrosa. Viendo el general la salud que todos en tan breve tiempo habían cobrado, hallándose sin calafates y con poca gente, dio orden en que se fuesen al puerto de Acapulco, para allí aderezar el navío y tomar nueva gente y nuevas vituallas para tornar a la California, si el virrey así lo ordenase y si no, que tendrían acabado el trabajo de su navegación, que era lo que todos deseaban; y así, tomando los bastimentos que parecieron ser necesarios, salió esta nao de estas islas, que fue a nueve de marzo, con viento bonancible; y el piloto mayor tomó la derrota para el puerto de Acapulco, pasando por cerca de el cabo de Corrientes y a vista de el puerto de la Navidad; y de aquí fue costa a costa, hasta llegar a reconocer el puerto de Acapulco y entró en él el día de San Benito Abad, que fue a veinte y uno de el mes de marzo de el dicho año de mil seicientos y tres años.

*CAPÍTULO LVIII. De lo que se hizo en este puerto de Acapulco y de lo que sucedió a la nao almiranta hasta llegar a él, y de lo que sucedió a la fragata y de el despedimiento de la gente y venida a Mexico*



UANDO LA NAO CAPITANA LLEGÓ al puerto de Acapulco quedó toda la gente de él admirada de ver cuán sana y buena venía la gente de ella; porque entendían no volvería otra vez al puerto, que todos los que en ella venían y habían quedado en el puerto de Monte-Rey, sin duda habrían muerto, según la relación que los que habían quedado con vida en la nao almiranta habían dado; y sin duda fuera lo propio, si no hubiera sido la vuelta tan breve, y si no se hubieran reformado en las islas de Mazatlan, como se dijo en el capítulo pasado, a la nao almiranta lo que le sucedió, desde que salió del puerto de Monte-Rey hasta llegar a el dicho puerto de Acapulco, donde la halló la capitana. En el viaje le sucedieron muchos trabajos e infortunios, porque le enfermó casi toda la gente sana que traía para gobernar el navío y marear las velas, y así de los que enfermaron, como de los que allá venían enfermos, murieron todos y solas tres personas de las que en él venían quedaron con salud; porque murieron en la mar y otros en el hospital del dicho puerto; y los que llegaron con salud fueron el almirante Toribio Gómez de Corván y un cabo de escuadra, gallego, llamado Francisco Vidal y un soldado, llamado Juan de Marchina; y si el almirante no fuera hombre de valor y brío y de mucha experiencia y curso en cosas

de mar, no fuera posible llegar la nao al puerto, y de los que llegaron enfermos, sólo se salvaron o quedaron con vida otros seis soldados, pero llegaron los enfermos y llegó el padre fray Tomás muy a lo último y quedó tullido por muchos meses. Finalmente, de los que en esta nao almiranta vinieron murieron veinte y cinco personas y entre ellos se le murieron cuatro criados al almirante, un paje y tres piezas de esclavos, dignos de cualquier precio; y como la gente de la dicha nao almiranta había llegado allí tan acabada y destrozada, juzgaban ser ya mucho más el trabajo que a los de la capitana les sucedería, pues quedaban ya los más de ellos tocados de la enfermedad que ellos; y habiendo de subir al altura de cuarenta y dos grados, tenían por imposible el poderse escapar nadie, ni aun saber de ellos en toda la vida; y así causó notable admiración el ver entrar la dicha capitana, con la gente tan sana y buena, como hemos dicho, porque sólo habían muerto trece personas, de las que en ella habían quedado.

Luego como llegó al puerto la nao almiranta se dio aviso de cómo había llegado ella, y la gente, al virrey; y su excelencia mandó a los oficiales reales del dicho puerto regalasen y curasen con cuidado a los enfermos y en especial al padre fray Tomás de Aquino, a quien mandó se le diese todo avío y regalo posible para hasta llegar a Mexico, y los oficales reales y el alcalde mayor Lorenzo Pacheco lo cumplieron con todo cuidado y diligencia. El general, luego como saltó en tierra, hizo que el alcalde mayor del puerto despachara un correo al virrey, dándole cuenta de su llegada allí, y de cómo venía la gente, que su excelencia mandase lo que fuese servido. Cuando el correo llegó a Mexico ya el virrey había tenido aviso de cómo la fragata había llegado; porque Estevan López, que quedó por piloto y cabo de ella, había venido; el cual dijo, cómo después que se perdió de la capitana fue en busca suya, y cómo llegó al altura de cuarenta y tres grados y que había descubierto lo que ya queda dicho y que de allí, por parecer del alférez Martín de Aguilar y del piloto Antonio Flores, habían dado la vuelta para el puerto de Acapulco; y antes de llegar al puerto de San Diego los llevó Dios a los dos, alférez y al piloto, de esta vida; y quedando el dicho Estevan López por cabo y piloto de la dicha fragata, dio orden, con cuatro personas que en la fragata habían quedado, de venirse derecho con su fragata a la Nueva España en busca de la capitana, y vino a tomar puerto en el puerto de la Navidad; cuando ella pasó, la capitana estaba surta en las islas de Mazatlan y que allí trataron los que en ella venían que el dicho Estevan López llevara la nueva a el virrey y que en el ínterin se quedasen guardándola los cuatro soldados que en ella habían quedado con vida; y su excelencia le despachó luego para que la trajese al puerto de Acapulco, como se hizo de allí a un mes.

Habiendo recibido el virrey el pliego de el general que se le envió desde Acapulco, despachó su excelencia luego otro, en que mandaba a los oficiales reales pagasen a los soldados lo que se les debiese; y que a los religiosos, que era el padre comisario fray Andrés de la Asunción y el padre fray Antonio de la Ascensión, los regalase y les diese lo que hubiesen menester para poder llegar hasta Mexico. Todo se cumplió con grandísima fide-

lidad y diligencia y se dio orden cómo se les pagase a los soldados sus corridos y a los difuntos lo que pareció debérseles. Fueron los que murieron en este viaje y armada, por todos, cuarenta y ocho personas y entre ellas fueron el alférez Juan de Acevedo Texada, lusitano; y el alférez Sebastián Meléndez, andaluz; y el alférez Martín de Aguilar Galeote, natural de Málaga; el piloto Antonio Flores, natural de Avilés; el piloto Baltasar de Armas, de las Canarias; el sargento de la armada Miguel de Legar, montañés; el sargento y calafate Juan de el Castillo Bueno, natural de Sevilla; y otras personas de mucho valor y esfuerzo que no refiero aquí por no ser tan conocidas como lo eran las que hemos contado.

Habiéndose dado el avío a los religiosos y a los soldados, el general y los capitanes Peguero y Alarcón y el alférez Juan Francisco, con todos los demás soldados, salieron todos, en compañía de los religiosos, de Acapulco para subir a la ciudad de Mexico, a siete de abril y llegaron sanos y buenos a Mexico, a diez y nueve de el dicho mes, que fue un sábado por la mañana; y este día dijeron los dos religiosos misa en la ermita de San Antón, que es a la entrada de Mexico, por habersele hecho esta promesa a este santo, estando en altura de cuarenta y dos grados en el Cabo Mendocino; y luego el general, con los capitanes y soldados, que de la jornada habían quedado con vida, fueron acompañando a los religiosos hasta dejarlos en su convento de San Sebastián; y desde allí fueron todos en tropa a Chapultepeque, a besar las manos a el virrey, el cual los recibió con sumo gusto y alegría y los abrazó y los agradeció mucho su trabajo, y los prometió de hacerles toda merced y de ayudarles en lo que se les ofreciese; y así, desde luego, comenzó a hacer mercedes a todos, dando a cada uno lo que merecía, según sus méritos y capacidad, de lo cual quedaron muy pagados, satisfechos y contentos.

Y con esto, que en el discurso de este viaje he tratado, me parece he dado a entender el valor y esfuerzo de nuestros españoles; pues con tantos trabajos y fatigas vinieron a conseguir una empresa tan dificultosa que, por serlo tanto, en cinco veces que se ha intentado el concluirla, ningunos hasta hoy salieron con ella, ni aun la mediaron; y con todo les pareció haber hecho todo lo que humanamente la nación española podía hacer; y si esto se tiene por gloria y trofeo, cuanto más razón tendrán de tenerla los de esta jornada, pues la concluyeron y acabaron con la perfección que he referido y mucho más hicieran si salud no les faltara a todos, que sin duda ninguna si sólo catorce personas se hallaran con salud en el Cabo Blanco, el general y los que con él iban tenían ánimo de atravesar el estrecho que llaman de Anián, que dicen es allí; por lo cual se entiende entró la nao de los extranjeros que dieron aviso a su majestad de él, cómo se tocó y que por allí, si podían, saldrían a la Mar de el Norte y por ella navegarían hasta España, pasando por Tierra-Nova y por los Bacallaos y llegar a dar razón de todo a su majestad, que fuera dar una vuelta a el mundo; porque los que llegaron a el Cabo Mendocino, vinieron a estar en paraje, que los de Castilla la Vieja eran sus opuestos, en especial los de Salamanca, Valladolid y Burgos, porque el paraje de el Mendocino son sus antípodas de estas

ciudades; por lo cual merecen todos muy señaladas mercedes y que su majestad se lo gratifique cuando ocasión se ofreciese; porque se descubrió un nuevo mundo, en el cual confío en la misericordia de nuestro piadosísimo redemptor y señor Jesucristo, se ha de plantar la iglesia católica nuestra madre y que ha de dar fertilísimos frutos, con que las sillas de el cielo se pueblen y que la cristiandad en ella ha de ser de el fruto que su majestad desea y pretende. Todos somos hijos de Jesucristo y todos hermanos; y así en ley de caridad todos tenemos obligación de suplicar a nuestro piadoso padre Dios, se apiade de aquellos nuestros hermanos y que les envíe quien los convierta y reduzca a nuestra santa fe católica, para que sean de el aprisco y rebaño de los escogidos de Dios nuestro señor.

CAPÍTULO LIX. *Que da fin a el gobierno de el conde de Monte-Rey, virrey de esta Nueva España*



UE EL CONDE DE MONTE-REY hombre de mucho ejemplo y de conocida virtud, porque no se sintió de su persona cosa que le desdorasase, ni desdijese de el buen olor, de lo que representa la persona de un virrey, en quien todos miran como blanco que es de toda virtud, por ser más que todos temido, honrado y reverenciado; era muy recogido y devoto; era muy liberal en cualquier cosa de gastos que había de hacer de la caja real; y así, cuando el rey mandaba que no reparase en gastos de alguna jornada, hacía esto tan francamente que todos iban gustosos; de esta manera despachó a los religiosos y gente, que fue a el Nuevo Mexico, también a los de las Californias y Cabo Mendocino, en las dos jornadas que hicieron; y esto mismo mostró en otras ocasiones. Vino cédula de el rey, en su tiempo, para que se quitase el repartimiento de los indios y que se diese orden de que se alquilasen; pero comenzóse este alquiler de manera que era de más vejación y trabajo que la carga que antes tenían; hizo que se juntasen todos los oficiales en las plazas (cada uno en la de su barrio o pueblo), y allí llegaban los españoles, y sacaban los que querían y los llevaban; y esto hizo en su presencia el conde, en las dos plazas de San Juan y Santiago; y aunque pareció por aquella vez bien, fue mucho peor después, de lo que se pudo pensar, porque se nombró juez para el cuidado de estos alquileres; el cual era un repartidor tácito, bautizado con otro nombre diferente; porque llegó a término que ya no se sacaban los indios de la plaza, sino muy bien pagados; y aún hubo otro fraude más pernicioso, que llegaba uno a sacar uno o dos oficiales que no había menester, y después los daba a otro que tenía necesidad de ellos y le daba un tanto por haberlos sacado de la plaza; y así se convirtió en granjería y mayor esclavonía el alquiler voluntario que era el repartimiento primero. Clamaron los indios, y por verse libres de esta continua servidumbre, pidieron, con instancia, volver a lo pasado, de dar tantos por ciento; de manera que lo que pareció libertad se convirtió en esclavitud perpetua. Viendo el conde